

En tierra de nadie

DATE Danza

+

Lola Fernández de Sevilla

(0) ¡Un euro!

Lienzo blanco: top manta gigante.

Mientras el público entra, las intérpretes piden un euro a cambio de hojas en blanco que figuran ser los Derechos Humanos.

(1) Razones para volar

Varios cuerpos en escena: ¿Cuáles son las cosas que nos llevan a buscar una vida nueva?

Aquí tenemos varios cuerpos.

Muchos cuerpos como varios mundos,
alimentados, cuidados, lavados.

Varios cuerpos amamantados y cubiertos de caricias.

Son muchas ciudades o pueblos distintos,
pájaros a punto de emprender el vuelo.

...

¿Cuáles son las tuyas?

¿Tus razones?

Para moverte del sitio, para marcharte:

tomar carrerilla, saltar del borde, correr sin mirar atrás.

¿Cuáles son mis razones?

Está bien, razones para iniciar el vuelo:

Encontrar trabajo,

un trabajo digno, bien pagado, que me permita tener mi propia familia,

ahorrar incluso,

pagar las deudas que se acumulan.

Llegar a fin de mes.

Quiero hacer esas cosas,

las cosas para las que estudié,

realizar esos sueños que aún tengo,

que no he perdido.

Y quizá un día montar mi propia empresa,

no tener jefe que me mande,
mandarme yo solo.
Tener algo de dinero
para enviar a casa.
Y en los días libres,
conocer el mar.

...

¿Cuáles son tus razones?

¿Las mías?

Para marcharme lejos, la vista solo puesta en el horizonte,
mi objetivo.

No pasar hambre,
ya no,
ni yo ni mis hijos.

Solo eso, las tres, las cuatro comidas diarias;
desayuno, comida, merienda y cena,
sobre la mesa.

Recorrer los pasillos del supermercado
y que no estén vacíos.

Abrir la nevera y que haya huevos.

Que no se acabe la leche,
y si se acaba
poder comprar más.

Encender el fuego,
cocinar la cena.

Solo eso:

sentarnos juntos, en la mesa, a terminar el día.

...

Razones para emprender el vuelo:

Quiero estudiar:

medicina
farmacia
magisterio.

Estudiar donde se me permita hacerlo;
aprender,
ejercer,

tal vez enseñar después a quien venga detrás.

Eso he querido siempre,
medicina
farmacia

magisterio.

Aprender: que nadie me quite ese derecho.

...

¿Qué más? ¿Tus razones?

Poder vivir más,

o con más garantías.

En mi país,

una de cada tres mujeres mueren al dar a luz,

de infecciones,

déficits

complicaciones

durante el embarazo o el parto.

Me gustaría traer uno,

dos,

tres hijos al mundo;

pero hacerlo a uno

en el que morir no sea tan fácil.

Vuelo porque quiero un mundo

más seguro,

en el que una bacteria no sea una condena de muerte;

en el que merezca la pena perpetuarse como especie.

...

¿Y las tuyas? ¿Cuáles son las cosas que te hacen volar?

Razones para emprender el vuelo:

Las llamadas en mitad de la noche,

desde que empezó el estado de excepción

y los militares

–¡ellos!–

se pasean por nuestras calles,

esas por las que nosotras ya no podemos caminar.

Y por las noches llaman a nuestras puertas

–¡ellos!–,

llaman pero entran, no creas, de todos modos,

les abras o no, se cuelan dentro,

hasta el fondo.

No preguntan, ni piden permiso, no,

pues para eso son militares,

y un militar es alguien que marca el paso,

el ritmo de tu vida,

manda.

Se cuelan en nuestras casas
–¡ellos!–,
se cuelan en nuestros cuerpos.
Sin más.

¿Así que la guerra es el motivo para marcharte?

No hay guerra, no,
solo estado de excepción,
los militares en la calle, día y noche,
noche y día,
para que no pasemos peligro.

Ellos

–¡ellos!–
velan por nosotras
y nuestros cuerpos.
Por eso vuelo.

...

Más razones.

Le diré más razones para iniciar el vuelo,

sí,
hacia lo desconocido;
para buscar
una vida nueva, distinta.

Mi madre.

Una madre, en cualquier caso,
cada cual la suya.

Mamá se fue, atravesó el mar
y desde entonces envía dinero siempre que puede.

Envía dinero y una promesa:

Volveremos a estar juntos.

Yo pude estudiar con esa plata,

¿sabe?

La que ella enviaba.

Ahora me toca a mí cumplir su promesa,
devolvérsela.

Para poder estar juntos de nuevo, lejos de esta tierra en la que ya no hay nada.

Encontrarme con mi madre: esa es también una razón para alzar el vuelo.

...

Mira, son varios cuerpos que son varios mundos,
alimentados, cuidados, lavados.

Varios cuerpos amamantados y cubiertos de caricias.

Son muchas ciudades o pueblos distintos,
pájaros a punto de emprender el vuelo.
Muchos cuerpos en el borde del mundo,
preparados, listos...
Ya vuelan.

(2) El viaje

Los cuerpos surcan el mundo: ¿Volar sobre las aguas?

Fíjate, ahora los cuerpos empiezan a confundirse entre sí,
cuerpos
con otros cuerpos.
Han embarcado de madrugada,
muy temprano,
en la lancha o en el camión.
Apenas había luz en el puerto,
ni personas,
ni mañana.
Cada cual pagó su plata,
su pasaje,
el precio de su silencio.
Con un aire de clandestinidad, todo;
el mercado empieza a las ocho,
los tenderos comprueban el género
y descargan su mercancía.
Pero para entonces,
ahora,
los cuerpos ya están en alta mar;
dentro del barco,
o en la trasera del camión
–no es una sola,
nunca es una sola,
la forma de volar–.
El sol pega desde lo alto,
sin embargo,
como ocurre siempre en esta tierra:
que el sol nunca pide disculpas por hacer bien su trabajo.
Embarcar en el viaje es despedirse de lo viejo,
lo que se deja atrás

y quizá nunca vuelva a verse.
Aunque esto, estos cuerpos no lo saben
ni lo piensan.
En ciertos momentos, hay cosas que uno no puede permitirse.

Y mira,
como había prisa,
y necesidad de no hacer ruido,
de salir lo más rápido posible,
antes de que el puerto se despezara del todo,
estos cuerpos apenas se han despedido de su tierra.

Cada cual lleva su vida,
lo que queda de ella
—¡un solo bulto, uno solo, por persona!—,
cargado a la espalda.

Y el barco,
o el camión,
o el tren,
o... lo que sea...
sale de esta tierra que era la suya,
la de estos cuerpos.

...

¿Se hará muy largo el viaje?

...

¿Qué nos aguardará al otro lado?

...

De momento, el mar lo llena todo;

la carretera,
el espejismo
de un horizonte que es infinito.

Embarcarse,
emprender viaje
es, al fin, volar sobre las aguas de la propia vida.

...

¿Cómo será la tierra que nos espera?

...

¿Quiénes seremos a nuestra llegada?

...

Iniciar viaje es también aprender sobre el propio cuerpo
y el ajeno:
de sus medidas, formas y secretos.

No hay apenas espacio en esta lancha,
ni luz en la caja del camión.
Casi todos parecen agotados,
la mayoría no vivían en los lugares en los que embarcaron;
el viaje empezó, pues, mucho antes,
horas,
días,
desde el momento de salir de casa.
Lo que les hace iguales, ahora,
es el anhelo.
Y la necesidad de convivir,
de compartir el oxígeno
y el espacio.

...

¿Cuántas horas aguantaremos sin beber?

...

¿Se pasará este dolor de las articulaciones dobladas, comprimidas, por la falta de sitio?

...

¿Parará de llorar ese bebé?

...

¿Cuánto tiempo más podré resistir el olor del miedo?

...

El viaje son preguntas,
dudas
y otros cuerpos.
La línea del horizonte
a lo lejos,
en cualquiera de las direcciones,
inabarcable.
Fíjate bien, han dejado tierra firme
y son cuerpos a la deriva.

Cuerpos a la deriva

Cuerpos a la deriva

Cuerpos a la deriva

...

(3) A la deriva

¿Naufragio?

El punto en el que unos cuerpos se funden, se difuminan
con otros

es el punto exacto de no retorno.

El cenit del viaje.

Cuando los cuerpos, en realidad,
empiezan a ser solo eso:

conjuntos de dedos,

abdomenes,

cráneos,

extremidades.

Cuerpos.

¿Quién es quién, en alta mar?

¿Dónde termina mi dolor y empieza el tuyo?

El mar y su anonimato.

...

Pero... ¡oh! Mira.

¿Dónde?

¿No se inclina más el barco hacia la popa?

¿No sientes como si cayeran,

unos

–dedos

abdomenes

cráneos

extremidades

CUERPOS–

sobre los otros?

Quita, quita:

será el vaivén,

el movimiento del mar,

las olas.

...

¡Que no!

¡Te digo que no!

A esto se le llama naufragio,

y sucede cuando ya no hay tierra a la vista,

el peso de tantos cuerpos resulta excesivo,

o bien el aislante de la cubierta tiene pérdidas.

¿Pero y el dinero de los pasajes?

¡Pagaron buena plata, todos ellos!

¿Acaso no merecen llegar a tierra?

La nave se inclina,
te digo.
Los cuerpos amontonados,
poco a poco,
contra la popa,
todo confusión, sudor y miedo.
Una mujer grita y aun así...
El barco se va a pique.
Dios mío.
Dios mío.
Trabajaron días y noches,
durante muchas lunas,
alimentaron sueños,
planes,
futuros que parecían inciertos.
Esos cuerpos se hicieron cargo de sus deseos
–de sus necesidades, más bien:
¿quién desearía un viaje como este?–.
En algún puerto
–no sabemos bien cuál,
es parte de su secreto–
hay alguien esperando,
contando minutos,
convenciéndose de que aún pueden faltar horas,
días;
que es normal el retraso.
Una madre,
un par de hijos,
un marido que lleva demasiado tiempo ausente.
Los que también se hicieron cargo,
un día,
y ahora viven a la espera.
No sabemos quiénes son
–quienes esperan–,
igual que ellos y ellas no saben
–ni quieren imaginar–
que este barco,
resquebrajada la proa,
desaparece
–¡desaparecemos!–

hacia el fondo negro del mar.

Es un fondo
que ninguno, ninguna
queremos ver,
saber,
intuir siquiera
bajo nuestros pies.

¿Y los cuerpos?
¿Aquellos cuerpos?

Algunos flotan,
han conseguido agarrarse a tablones rotos,
bidones de plástico grandes.

Respiran sin resuello
—¡respiramos!—,
como si no pudieran más,
pero flotan,

de momento viven

—¡vivimos!—.

¿Y el resto?

No sabemos.

...

La sed y el dolor en las articulaciones,
del interior del barco,
han dado paso a la inmensidad,
la negrura enorme del mar
que tiene siempre sus misterios,
sus preguntas sin respuesta.

¿Qué fue del comandante?

La mujer que gritó,
por ejemplo.

Tampoco sabemos.

...

Después de todo,
ahora se ha hecho el silencio.

El vaivén de las olas,
el sol declinando,

las aguas negras:

esas son todas nuestras certezas.

(4) ¡Ayuda!

¿Cómo escuchar, desde la orilla (o el patio de butacas), los gritos de los heridos?

Un día perfecto de vacaciones
amanece sobre la bahía.
El sol se eleva
sobre el pueblito
volviendo el mar plateado.

–Conjuntos de dedos,

abdomenes,

cráneos,

extremidades,

cuerpos

gritan desde el mar:

¡Ayuda!

¡Ayuda!

¡Ayuda!–.

Desayuno en la terraza,

pan tostado,

zumos de naranja,

café recién hecho.

Nada de prisas,

ni de malas noticias

en estos días.

Nada de estrés,

ni de discusiones,

ya hicieron dieta

antes de venir.

–Aunque conjuntos de dedos,

abdomenes,

cráneos,

cuerpos

llaman:

¡Ayuda!

¡Ayuda!

¡Ayuda!–.

Cuando han acabado,

preparan la bolsa:

toalla,

bañadores,

algunas monedas,
protector solar.
¿Compramos hoy el periódico?
Bah, déjalo mejor;
lo justo entonces
para las cervezas del aperitivo.
Coged las gorras,
eso sí,
que el sol ya está pegando bien.

¿Y qué más?
–Conjuntos de dedos,
abdomenes,
cráneos,
cuerpos
suplican,
imploran,
chillan:
¡Ayuda!
¡Ayuda!
¡Ayuda!–.
Qué lata.

La playa ya está medio llena,
y no son más que las diez.
A este paso habrá que empezar a madrugar de verdad.

¿Y qué quieres?
Esto se pone cada año más imposible,
con tanta oferta.
Tú clava la sombrilla,
yo extendiendo las toallas.
Y allá penas.
Allá penas.

–Conjuntos de dedos,
abdomenes,
cráneos,
cuerpos–.

¿Qué dices?
–Conjuntos de cuerpos
¡Ayuda!
¡Ayuda!
¡Ayuda!

...-.

Que qué dices.

Míralos, cómo se pegan.

Gregarios que somos,

unos sobre los otros.

Y que si cocos, pañuelos y masajes... No paran de venderte cosas.

Me agobia cada vez más este plan de playa, te lo digo.

Anda, déjalo, vamos al agua.

No quiero quemarme...

¡Venga!

Parece que hoy está menos sucia... ¿Habrá medusas?

¡Está muy buena!

Ay si no fuera por estos días...

-¡Ayuda!

¡Ayuda!

¡Ayuda!-.

Ten cuidado, no te duermas,
este sol abrasa que casi da miedo.

¿Vas tú a por las cervezas?

Vale.

¿Qué pasa? ¿Qué miras?

Nada, parece que ha pasado algo allí...

-¡Ayuda!

¡Ayuda!

¡Ayuda!-,

no estoy segura.

¿Con o sin, la tomas hoy?

Compra también patatas.

¿Seguro?

¡Estamos de vacaciones!

¿Se habrá ahogado alguien?

No fastidies.

Parece que sale alguien del agua,

le están ayudando...

¿Quién es?

Ni idea.

¿Te ha sobrado dinero?

Céntimos, casi nada.

He oído que han aparecido varias personas,

nadando,

parece que algún barco de esos...
una patera,
se ve que durante la noche...
no sabían bien.
Qué espanto.
¿Y dices que han llegado nadando? ¿Por su cuenta? ¿Hasta la orilla?
Suerte que este mar no es demasiado bravo.
Como no quisiste comprar periódico... Lo mismo venía algo.
¿De esto? No creo.
¿Te bañas?
No sé, me da un poco de cosa ahora...
Qué bobada, venga;
antes de que digiramos las cervezas.
Las cervezas, es verdad... ¿Te ha sobrado dinero?
Nada, calderilla.
Es que cada día lo suben todo más.

(5) Una guerra es una guerra es una guerra es

¿Caerán los cuerpos por la grieta?

Con esa luz pálida,
que desfigura las cosas,
los cuerpos alcanzan la playa,
arrastrándose
llegan a tierra.
Ahora son cuerpos agotados,
supervivientes
de su tragedia.
Nadie quiere pensar en el bebé que lloraba,
claro,
ni en el equipaje perdido;
hay cosas que
en ciertos momentos
uno no puede permitirse.
Tanta sed en estos cuerpos,
tanta,
y el mar enorme tan cerca.
Pasan horas, que parecen días,
hasta ser capaces de mirarse

unos a otros.
¿Dónde estamos?
¿Quiénes somos?
Esta,
seguro,
no es la tierra a la que veníamos.
¿Nos darán agua y comida?
¿Mantas para quitarnos el frío?
Con mucho trabajo se ponen en pie,
apoyándose,
unos cuerpos en otros.
Desde lejos,
la playa no parecía tan vacía.
¿Y ahora...?
¿Qué es eso que suena...?
¿No sentís como si el suelo temblara...?
Estos cuerpos no saben,
no sabían,
están a punto de descubrirlo
ahora,
sobre la arena mojada de la playa,
que la tierra a la que han llegado,
sin buscarla,
es una tierra en guerra.
Comenzó hace días,
semanas
o años,
según se mire.
Por unos metros mal repartidos,
alguien que dijo ser quien no era
o pertenecer a donde no pertenecía,
una herencia que no se quiso reconocer:
son múltiples las razones que desencadenan la guerra.
Y poco después casi nadie las recuerda.
Mira, así es como se juega.
Primero alguien hace una raya en el suelo,
dice: HASTA AQUÍ
NO PASAR
ESTO ES MÍO.
Entonces alguien,

otro u otra,
antes o después
y no por un error de cálculo ni un despiste,
mueve el pie demasiado allá,
traspasa la raya,
el límite
y la paciencia.
Y así es como empieza la guerra,
esta y otras.
Entonces quien puso la raya tiene todo el derecho a disparar:
una bomba, un tiro, lo que le pille más a mano.
Pues las guerras son tan diversas,
como lo son las tierras
–y en el fondo siempre las mismas–.
Las guerras,
eso sí,
acaban provocando hambre,
sed,
la necesidad de recorrer largas distancias,
sin medios
ni ganas.
Pues quien es disparado tiene,
a su vez,
el derecho a disparar de vuelta.
Y así llegamos a los muertos,
claro,
las heridas profundas,
duraderas,
y con ellas los gritos y el dolor auténtico,
que no se pasa.
Es el dolor de las madres por los hijos,
por ejemplo;
de la nieta por sus abuelos,
que no pueden marcharse y a los que ya no verá más;
de quien se va
y abandona su casa.
Una guerra es una grieta
Una guerra es un grito
Una guerra es llanto silencioso en mitad de la noche
Una guerra son niños solos

Una guerra son animales abandonados
Una guerra son campos estériles
Una guerra es una herida
honda
sobre la tierra.
Una guerra es una guerra es una guerra es

...

Y todo esto sucede,
aunque parezca mentira,
en esta tierra a la que los cuerpos
acaban de llegar
–estos cuerpos que salieron de sus casas,
que volaron sobre las aguas
y naufragaron,
al borde ya de sus fuerzas–.
Una guerra es una herida,
una grieta abierta sobre la tierra,
cuya causa ya no recuerda nadie:
habrán de tener cuidado,
eso sí,
para no caerse por ella...

(6) ¿Mi casa?

Los cuerpos deambulan, merodean: Dibuja una casa. Y cierra bien la puerta.

Fíjate, lo que hace la guerra
sobre los cuerpos
y las vidas que albergan;
cómo rompe los sueños,
los deseos
y las ganas.
El campo,
la ciudad
y sus calles,
en silencio ahora que las bombas ya no estallan;
un silencio que es desolación.
El paisaje
después de la guerra
nos muestra cuerpos que se arrastran.

El miedo se ha hecho tan cotidiano,
un verdadero compañero de viaje
junto con las heridas
–las viejas, las nuevas;
las de dentro, las de fuera–.
¿Recuerdan, pues, las razones para volar?

...

Aquí tenemos varios cuerpos que son varios mundos,
muchos cuerpos doloridos, asustados,
exhaustos,
rotos.
Que
sin embargo,
míralos,
siguen caminando.
Y es que
las razones para volar son las mismas
que te llevan a buscar refugio.
¿Recuerdan?

...

La nevera llena,
un trabajo digno,
aprender, estudiar,
un mundo más seguro,
juntos a la mesa, para terminar el día,
encontrarme con mi madre,
la puerta bien cerrada
–nada de llamadas–
durante la noche.
¿Recuerdan?

...

Estos cuerpos
son los cuerpos protagonistas de esta historia,
que es la nuestra,
la historia de nuestro mundo.
Y mira, si no encuentran refugio,
una casa,
cuatro paredes,
suelo,
un tejado capaz de resistir las lluvias

y las bombas,
estos cuerpos lo construyen,
lo inventan.
Mira cómo dibujan,
buscan,
arañan,
rastrear
donde nadie más lo hace.
Siguen sendas,
pistas
y caminos
que todos los otros han desechado.
Son sus vidas
las que están en juego.
Y sus vidas,
después de todo el viaje,
son ya demasiado importantes
como para tirarlas por la borda,
¿no?
¿no?
Mira,
estos cuerpos buscan
y al fin encuentran:
ladrillos,
listones de madera,
uralita,
lácteos pasados de fecha
que alguien tiró a la basura.
Los espigadores y las espigadoras de nuestro tiempo
no se rinden,
siguen,
buscan,
pelean.
Construir un refugio lleva tiempo,
pero estos cuerpos,
si algo han aprendido,
es a esperar.
Y la casa llega.
Tiene las paredes muy finas,
al principio no hay agua corriente,

y son cuatro,
seis
u
ocho
–según el día–
durmiendo en la misma habitación.
Con el tiempo
las cosas mejoran.
Hay algunos trabajos
–cocos, pañuelos, masajes–
que el resto de la gente no quiere.
Y con ellos, llega el dinero,
el agua corriente,
la nevera llena.
Las bombas son ya un simple recuerdo,
casi tan lejano
como aquel barco que se hundió frente a la playa.

...

Dibuja una casa
lo bastante grande para sentirte a salvo.
Dibújale ventanas, desde las que ver la calle.
Un tejado sobre tu cabeza.
Nevera, mesa, grifos.
Pero sobre todo,
no lo olvides,
dibújale una puerta:
dibújala
y después ciérrala bien.

(7) Reconstruyendo las fronteras

Los cuerpos se atrincheran: Ahora ya no hay razón para tener miedo.

Esta casa junto a esta casa
junto a esta casa
junto a esta casa
son una ciudad,
un pueblo,
nuestra forma de vivir.
Fíjate cómo

el ansia de espacio es tan grande
que las casas lo llenan todo.
Jardines, patios, zonas comunes
desaparecen.

Lo común es una frase

–Buenos días...–

murmurada a la solapa de la propia chaqueta,
cuando el encuentro se hace inevitable.

El ansia de espacio
se ha resuelto en salones,
pasillos

y terrazas privadas.

Junto con el miedo,
las bombas dejaron la desconfianza;

¿o no ha sido la guerra?

¿es el ansia por lo propio un instinto de los seres humanos?

El caso es que

esta casa junto a esta casa

junto a esta casa

junto a esta casa

son una ciudad;

y una ciudad son un montón de fronteras.

Puertas, vallas, cercas;
centímetros cúbicos de aire

bien acotados,

marcados,

los límites siempre claros.

A ti ha de darte igual,

no te importa

si yo muevo mi brazo izquierdo,

los dedos del pie derecho,

si me estiro

o dejo de hacerlo

no te afecta

en absoluto.

Tú levantas tu propia valla,

una valla defensiva,

solo para proteger lo tuyo,

que nadie mire

ni se meta en tus cosas

que son solo cosas tuyas.
Así construimos no solo casas,
sino ciudades,
porque un montón de casas,
unas junto a otras,
forman siempre una ciudad.
Y una ciudad,
ya lo sabes,
son un montón de fronteras.

Tú eres tú, yo soy yo.

La palabra *frontera* nos salva a unos de otros,
porque
en tiempos de paz,
claro,
ya no hay razón para tener miedo.
¿Verdad?

...

En la ciudad los cuerpos han dejado de ser cuerpos,
se convierten en inquilinos
o propietarios,
clientes en cualquier caso,
usuarios.

Las funciones corporales,
vísceras,
fluidos

–conjuntos de dedos,

abdomenes,

cráneos,

extremidades,

cuerpos–

desaparecen.

En tiempos de paz,
la biología es una ficción
meramente especulativa,
y ya no hay razón para tener miedo,

¿verdad?

¿verdad?

...

Pero

la verdad es que

detrás de una puerta
vive siempre el terror:
al otro
a la otra
a su mirada,
a la suciedad de sus manos,
a la invasión de su cuerpo.
Porque
aunque la ciudad haga olvidar,
seguimos siendo cuerpos.
Y mira, fijate
el miedo que los cuerpos
tienen de los otros cuerpos.
Tras el reencuentro con la madre,
la compra del piso
y llenar la nevera,
cada respiración,
sonido,
pequeño movimiento,
cambio intuido
del otro lado de la puerta,
una onda expansiva de efectos incalculables.
La ciudad construye cercados,
corrales,
y encierra dentro a los cuerpos
convenciéndolos de que no son cuerpos.
Pero los cuerpos son cuerpos,
y de ahí el miedo:
la amenaza viene siempre de fuera,
del otro lado de la puerta.
...
¿Será posible escapar ahora?

(8) Tierra de nadie, tierra nuestra

Hacer el mundo

Es posible:
escapar y hacer la vida.

Bienvenidas

bienvenidos,
a esta tierra de nadie.
Podría ser cualquiera de nuestras ciudades,
esas que llamamos *nuestras* como si nos pertenecieran.
Son ellas y ellos,
en realidad,
los cuerpos que abandonaron la suya,
se salvaron de la guerra
y de sus propios miedos,
quienes se la han ganado.
Es una tierra extraña,
sin embargo,
que nunca les deja de hacer sentir
como si los extraños
las extrañas
fueran ellas
ellos,
con sus costumbres,
sus rezos
y sus fiestas.
Una tierra de nadie
que les mira con reservas,
casi con sospecha...
Una tierra de nadie
que los trata como a *nadies*
pero sin embargo
no deja de exigirles cosas:
pertenencia,
lealtad,
esfuerzo,
una moralidad irreprochable:
quien llega de fuera ha de demostrar el doble,
siempre,
para obtener la mitad.
Mientras, mira:
estos cuerpos trabajan,
crean tiempo
y espacios,
hacen el mundo.
De vez en cuando enferman,

se asustan,
pero vuelven siempre a la carga.
¿Recuerdan las razones para volar?
Estos cuerpos,
a los que hemos seguido en su viaje,
no las olvidan jamás.
Las razones que les permitieron marcharse,
sobrevivir a guerras,
naufragios,
a sus propias ambiciones;
son las que les ponen en marcha,
ahora,
cada mañana:
ciudadanos
ciudadanas
que no se rinden.
Míralos,
mira:
madrugan,
compran en el supermercado,
asisten a clase,
obtienen diplomas
y trabajos nuevos.
Se cansan,
maldicen,
a veces con toda la razón
y a veces no.
Quisieron, muchos, volver a ver el mar;
algunos domingos van al parque,
organizan picnics,
celebran bodas y cumpleaños.
Pagan impuestos,
aguantan colas,
alimentan la esperanza.
...
No son mejores que nadie,
aunque sí un poco más valientes.
Hacen el mundo,
la tierra,
esta:

terrible,
violenta,
injusta;
brillante,
digna
luminosa.

La tierra de nadie,
suya,
nuestra.

*De nuevo, lienzo blanco: sobre el mismo, se leen diversos fragmentos de la Declaración
Universal de los Derechos Humanos.*

Torredembarra, julio de 2022